

Recordando a Carlos

Soñé que llegaba a la Escuela y me encontraba a Carlos en su despacho.

—¿Qué haces aquí? Si tú estás muerto, le dije
y él me contestó:
—De eso nada.

Una vez despierta me di cuenta que en el sueño aparecía el reconocimiento de un hecho, que me resulta muy difícil de admitir en estado de vigilia, y también mi propio sentimiento de convicción en su capacidad vital de resolver casi cualquier cosa, que me hacía poner en su boca las palabras de negación de su muerte.

Nunca pensé que pudiera ocurrir de una manera tan rápida, tan insospechada, tan sin razón.

Echo de menos su cariño, su buen humor y su actitud comprensiva hacia mis, a veces, intransigencias que él las admitía y reconocía como posturas éticas o creativas.

Nuestras diferencias de visión sobre la arquitectura las planteábamos en clase, delante de los alumnos, como ejercicio didáctico sobre el reconocimiento de la subjetividad y la diferencia factible y necesaria en un trabajo de equipo. Su sentido del juego convertía las discusiones en algo refrescante y divertido.

Su creatividad permitía la expresión de otras creatividades. Y cuando tomábamos posturas divergentes siempre era él el que acababa retomándolas integrándolas en una dinámica de relación y trabajo con habilidad y afecto. Actitud que provocaba resonancias de antigua amistad, de primeros encuentros.

Cuando se ha vivido poco tiempo lo importante en las relaciones es la intensidad de las emociones. Cuando se ha vivido bastante y ya se tiene la experiencia de pérdidas y ausencias, unas veces por desaparición —como ésta— y otras por incomprendiones o traiciones, el tiempo se convierte en un valor de arraigo.

Una amistad tan larga, desde los 60, es ya hoy casi toda la vida.

Como profesional de la arquitectura tengo que decir que era un buen arquitecto. Su personalidad rica y dialogante se reflejaba en su trabajo. Sus obras son ágiles, bien definidas y bien construidas. Su educación académica en el Movimiento Moderno se trasluce continuamente. La elegancia en la disposición espacial y en el detalle hacen de su trabajo una obra expresiva y trabada.

Siempre que paso por Juan Flórez me sorprende la resolución del Trébol, tan ligero a pesar de su volumen, y tan bien conservado a lo largo del tiempo.

Le echaremos de menos, tanto en el curso académico como en nuestras relaciones personales.

Pascuala Campos de Michelena